

Insinuaciones, consejos y melancolías

Luis Suñén¹

Nos han enseñado que toda música es buena por el sólo hecho de ser música. Frente a esta convención, alguien que se atreva a negar las virtudes de, digamos, Mendelssohn, provocará vehementes suspicacias. De algún modo, a diferencia de lo que sucede en las artes plásticas y la literatura, el mundo musical acarrea una serie de tópicos que limitan la posibilidad de opinar con total libertad. Parece que la música es un lenguaje que debemos dominar antes de expresar un juicio. Elevado a la categoría de fetiche, este encasillamiento choca con posturas más saludables, que permiten tirar del hilo individual. Acá viene a cuento la iniciación como melómano de un amigo más joven que yo, a quien se le reveló el arte sonoro en vocación tardía. Seguir un aprendizaje desordenado le lleva a conducirse sólo por el placer. Y claro, ello le causa mala conciencia, porque tiene la percepción de que empieza por donde no debe. Mi amigo se ha estudiado antes las sinfonías de Sibelius que las de Beethoven, y no olvidará jamás la primera vez que escuchó a David Oistrakh. En rigor, esa desconfianza que le asalta tiene que ver con una línea divisoria firmemente implantada: la que distancia al conocedor del resto de los mortales. Pero ésta es una demarcación artificial, cuyo efecto más pernicioso es el de obstaculizar el acceso a un dominio tan fascinante como variado en sus posibilidades. Sobre este plano y sin salir del siglo XX, el repertorio por disfrutar incluye voces enormemente diversas. Desde Messiaen, autor de esa mezcla de lo cósmico, lo espiritual y lo amoroso que es la sinfonía *Turangalila*, hasta el gran Richard Strauss. (Permítanme una digresión, pues la cita de este último me trae a la memoria lo que afirmaba una amiga mía, durante una charla de sobremesa: «No me digas que Strauss no es el mejor compositor del siglo XX»). A su modo de ver,

¹ Escritor y periodista musical español. Director de la revista *Scherzo* y responsable del programa *Juego de espejos*, en *Radio Clásica de RNE*. Crítico de música culta en el diario *El País*. Las declaraciones aquí transcritas forman parte de una entrevista realizada el 1 de enero de 2006.

Strauss nos cambia de siglo con mayor naturalidad que ningún otro músico. Para persuadirnos de su aventura, nos sitúa en el límite expresivo –según lo demuestra en *Elektra* y *Salomé*– pero sin obligarnos a perder pie).

No por casualidad, España acarrea en esta asignatura un lastre del cual, afortunadamente, van librándose las nuevas generaciones. Conviene no olvidarlo: en los años cincuenta, aquí se pateaban las obras de Béla Bartók, e incluso Stravinsky era recibido como una rareza. En contraste, hoy disponemos de proyectos muy dignos con la idea de popularizar la música clásica. En su mayoría, las orquestas españolas ofrecen programaciones paralelas destinadas a jóvenes y niños. Si bien se mira, aquí radica un punto de sumo interés, pues el negocio cultural depende de la renovación del público. Enfatizando dicha necesidad, un director que se aplica a este afán es Josep Pons. Como titular de la Orquesta Nacional de España, programa sus temporadas con un hilo conductor: en esta última, por ejemplo, nos propone las relaciones entre la música y el mito.

Dentro de este marco sugerente, ya sabemos que los atributos del buen divulgador fueron personificados por Leonard Bernstein, grandísimo músico, referencia inexcusable de la cultura de nuestro tiempo. Pero Bernstein sólo ha habido uno, y ello inclina mi reflexión del lado del realismo. Sin duda, otro buen referente es Michael Tilson Thomas, estupendo comunicador y titular de la Orquesta Sinfónica de San Francisco. En una ciudad tan activa como aquélla, Tilson Thomas promueve ciclos para jóvenes y programas educativos. Como él mismo señala, intenta con ello atraer a un público que probablemente nunca ha escuchado antes a una orquesta. Al frente de la Filarmónica de Los Ángeles, Esa-Pekka Salonen pretende algo similar. Repasando su agenda, lo encontramos empeñado en acercar hasta la sala de conciertos a minorías étnicas y a jóvenes que viven una cierta marginación. Por fortuna, en España empiezan a abordarse iniciativas que siguen el mismo trayecto, hasta cierto punto pedagógico. Según manda el buen criterio, apoyarlas es una obligación principal de los poderes públicos

En otro sentido, esta necesidad divulgadora comprende iniciativas como el diseño de un organismo de difusión internacional de nuestra música. Y mucho ojo, porque para difundir la obra de un compositor español no basta con interpretarla en dos o tres sedes del Instituto Cervantes. En rigor, necesitamos que esa obra figure en las mismas programaciones donde hallamos a Mark Anthony Turnage o a Wolfgang Rihm. Sólo esta vía nos permitirá estar a la altura musical de otros

países y, en justicia, a la altura de lo que en este momento ofrecen nuestros creadores.

Algo tiene que decir al respecto la prensa. En la última convocatoria de los premios Midem, el éxito de Bebe, la cantante pop española, tuvo su consecuente trascendencia mediática. Pero fue ésta una notoriedad muchísimo más vigorosa que la obtenida por Jordi Savall, cuyo registro *Don Quijote de la Mancha. Romances y músicas* triunfó en dos substanciales categorías de los Midem Classical Awards: música antigua y disco del año. Esta desigualdad de trato permite reflexionar sobre la actitud de los medios, en particular los audiovisuales. Luego volveré sobre ello. Adelanto una excepción, y es que no aplico este juicio a los periódicos, que sí suelen dedicar un espacio a la música clásica, tanto en los suplementos como en sus páginas de cultura y espectáculos. Cabría argumentar que incluso es mejorable el tratamiento en la prensa escrita. Lo creo: se podría hacer más. Pero no me negarán que algo vamos mejorando.

Tampoco abundan hoy en España los intelectuales interesados por la cuestión. Haciendo memoria, hallaremos singularidades notables, como Antonio Muñoz Molina, que le dedica inteligentes páginas a la música culta. De vez en cuando, también escribe sobre el tema Félix de Azúa (Por cierto, a estas alturas, da un poco de vergüenza la polémica que mantuvo con Sánchez Verdú en torno a la pertinencia de Schoenberg²). Y no hay muchos más. Tan menguado panorama me

² En su artículo «Sólo quiero lo mejor para ti» (El País, 10-11-2005), Félix de Azúa evalúa la cuestión del siguiente modo: «Lo cierto es que Shostakovich está cada vez más presente en la vida musical, en tanto que Schoenberg se mantiene donde siempre estuvo, con la exigua minoría de expertos. Y se le están muriendo los suscriptores. La paradoja sobre el valor de las obras de arte es que éste parece no depender del público, pero, ¿es en verdad posible que una obra de arte sea extraordinariamente valiosa, aunque nadie o muy poca gente quiera oír-la, ver-la o leer-la? Quienes afirman, por ejemplo, que la música de Schoenberg es fundamental y en cambio otra más popular como la de Stravinsky, es trivial o incluso «mala» (así lo afirma Theodor W. Adorno, modelo de los defensores de Schoenberg), ¿no están diciendo, en realidad, otra cosa? (...) Esta inacabable disputa es inútil. Juzgue lo que quiera el experto, en el caso de la música (como en el del teatro) quien decide es el público porque la música es un espectáculo. De modo que Gershwin, Britten, Prokofiev o Janáček seguirán sonando en las salas de concierto, pero Schoenberg (utilizo su nombre como metáfora) cada vez menos». Tras comprobar las reacciones al citado artículo, Azúa reaviva la polémica en «Triste atraso de los avanzados» (El País, 10-12-2005): «Hay asuntos que, en cuanto se tocan (la madre, la patria, la Virgen del Pilar, Schoenberg), hacen brotar a los defensores del honor perdido como setas en otoño. (...) Más interesante era la carta de J. M. Sánchez-Verdú, cuya tarjeta de presentación (profesor de Composición de la Robert-Schumann-Hochschule de Düsseldorf. Berlín. República Federal de Alemania) podía parecer la de una marquesa de Serafín a quien no conozca estas escuelas de la Alemania profunda. Sus argumentos, en cambio, eran interesantes porque componían el arquetipo del moderno prehistórico que todavía se agita en algunos ambientes detenidos en 1970».